

Santa Olaja de acero

I

A través de los entornados ventanillos podía ver la claridad del amanecer; la claridad de humo blanco de locomotora del amanecer. No quería encender la luz eléctrica; temía despertarla. Volvió con suavidad uno de los ventanillos. La cara de ella quedaba en lo oscuro; podía ver el reflejo turbio de la amanecida en la tabla de los pies de la cama de matrimonio; la masa de la silla, a la derecha, con su camisa caqui colgada del respaldo, junto a la ventana; también la azul y rara profundidad de la luna del armario. Decidió

ponerse los zapatos en el pasillo. Al salir de la habitación recogió la camisa, el jersey mahón y el chaquetón de cuero. Cerró la puerta con cuidado; su mujer dormía profundamente. Dormiría hasta que el sol hiciera su primera presencia en la ventana. Ella se despertaba con el sol, no con la claridad del amanecer. Ella quedaba atrás en su sueño y a él le parecía seguir dormido aun después de lavarse en la cocina, aun después de salir a la calle y contemplar el metálico reflejo del asfalto mojado, aun después de asentar el estómago con la copa de orujo y el té de los madrugadores, hasta que estaba en la máquina, junto a la boca de fuego, esperando que la caldera cogiese presión y el compañero fogonero principiase la primera conversación del trabajo.

Bajaba las escaleras colocándose el chaquetón, haciendo el nudo simple de la bufanda. El portal estaba todavía cerrado. Maldijo, como siempre, al intentar abrir la puerta. Cuando lo consiguió, el sereno estaba enfrente de él. Se saludaron como amigos. Comentaron el frío de la noche.

—Ya se va acercando el invierno —dijo el sereno.

—Ya se va acercando —respondió él.

—Al tajo, ¿eh? —dijo el sereno.

—Al tajo —contestó.

Siempre se decían lo mismo. Se despidieron.

El bar de los maquinistas abría a las siete menos cuarto de la mañana. El dueño del bar hablaba poco. Estaba habitualmente medio dormido. Cuando llegaba el mozo que le ayudaba, subía a su casa y se volvía a meter en la cama. A las once de la mañana bajaba de nuevo. Era otro hombre. Entonces hablaba, con los que entraban, de toda clase de asuntos. Pero con los maquinistas no decía más que las palabras precisas. «Tú, González, ¿café o té? Tú, ¿té como siempre? ¿Quién orujo? ¿Todos?» Los maquinistas tampoco hablaban mucho, tosían la bronca tos de la mañana, bebían y miraban casi obsesivamente a la cafetera expés cuando abría el dueño la llave del vapor.

Entró en el bar y saludó y fue saludado.

—¡Qué mañanita! —dijo.

—Ahora me gusta la máquina —comentó alguno.

Bebió su té y una copa doble de orujo, pagó y se marchó. Entró en la estación por la puerta de hierro de las mercancías. Se paró en uno de los andenes pegado a los tinglados. Buscó con los ojos su máquina. Cruzó las vías. Veía a su compañero inclinado paleando carbón. La máquina tenía un jadeo corto de vapor. Luego se desperezará, pensó, cuando la presión suba y los émbolos... y eche el airón de la marcha y... Estaba ya junto a la máquina. Todos los días fijaba la mirada por un momento en el nombre de la locomotora de una placa atornillada al costado: *Santa Olaja-I*. Letras doradas sobre fondo rojo.

El fogonero estaba de espaldas, pero había sentido su presencia.

—Higinio —avisó—, la señora está desayunada; ya tiene fuerza.

—Muy bien. Mendaña. Dale dos cucharadas de jarabe y andando.

Subió a la máquina. Mendaña echó las dos paletadas de jarabe. Llamaban jarabe al polvo de carbón con agua. De la boca del fogón salió un chisporroteo.

—Está bien.

Higinio movió la manilla, miró al manómetro, volvió la cabeza y escupió. La máquina comenzó a moverse lentamente. Vía adelante un hombre les hacía señas con un palo en el que estaba recogida una franela verde. En la vía de la derecha, el gálibo, suspendido sobre un vagón solitario cargado de paja, tenía un ligero vaivén. A la izquierda estaban dos máquinas acopladas. Mendaña gritó algo a los fogoneros de las máquinas, algo que no le entendieron. Higinio sonreía. Mendaña siguió hablando a gritos mientras la máquina los apartaba y su resollar hacía que se borrasen las palabras.

—*Olaja* —dijo Higinio— tiene más pulmones que tú.

La máquina era para los dos, en la compañía del trabajo, *Olaja; Olaja* y nada más. A veces le

llamaban la señora; pero lo decían irónicamente, porque ellos no eran señores y una compañera de trabajo tampoco podía ser señora.

A pocos metros estaba la fuente del agua con su cetrina trompa. La máquina fue parada justamente cuando el ténder quedaba debajo de ella. Mendaña descendió a dar el agua. Higinio contemplaba el chorro casi helado, de espaldas a la caldera de la máquina. Hizo un movimiento mecánico con la mano y tocó alguno de los mandos. *Olaja* dejó escapar un largo chorro de vapor, un como sostenido suspiro.

A ambos lados de la vía se extendían los campos negros y tensos. *Olaja*, arrastrando la composición de mercancías, dividía el silencio con su marcha de puño violento. De los cables del tendido eléctrico partían en vuelo, en masa guiñante, bandadas de pájaros. Algún animalillo en huida era señalado por Higinio.

—Ahí corre un buen almuerzo.

Mendaña se erguía y sonreía.

—Un día vamos a ir a comernos unos conejos a un sitio que yo he visto. Un sitio superior y económico.

«Superior» en el lenguaje de Higinio equivalía a decir «de una excelencia aislada» en la nómina de los restaurantes baratos, frecuentados para merendar con los amigos.

—Ponen los conejos cosa seria —hizo boca de trompeta.

Mendaña seguía sonriendo. Se pasó el dorso de la mano derecha por los labios mientras con la izquierda sostenía la pala y miró al campo.

—Me acuerdo —dijo— que una vez, aún no había entrado yo en quintas, allá por el año veintisiete...

La mano de Higinio se movió y *Olaja* silbó airadamente.

—... tenía yo unos amiguetes —continuó Mendaña— que les gustaba mucho la priva y solíamos irnos a un figón, que tú conocerás, que está por debajo del puente que antes llamaban de la Reina...

Olaja volvió a silbar. Higinio avisó:

—En cuanto pasemos el túnel ya verás cómo cambia el tiempo. Hará más frío.

—Poco más o menos.

Mendaña se inclinó sobre la boca del horno. Tenía los ojos brillantes y la frente sudada. Se secó con un pañuelo sucio. Quiso continuar la conversación:

—Ese figón era de un señorín asturiano que presumía de valiente. La mujer era una cocinera de aúpa. Además, qué clase de mujer...

Los ojos le brillaron aún más a Mendaña. El tren acababa de entrar en el túnel y las palabras se perdieron. Higinio le contemplaba cabeceando. Mendaña seguía hablando, moviendo los labios.

En Turgo daban café en la cantina. Uno de los vagones de la composición de *Olaja* quedaba allí. Mendaña e Higinio bajaron a tomar café con anís. La mujer de la cantina era viuda de un ferroviario y los conocía de antiguo. Mendaña tomó su café de prisa y se volvió a la máquina. Con un trapo sucio

pretendió limpiar la suciedad de los mandos de la máquina. «Los metales con brillo han de estar brillantes lo mismo en una máquina que en un barco», solía decir. Higinio tomaba su café con calma. No subió a la máquina hasta que le avisó el jefe de estación que ya estaba desenganchado el vagón y que podía hacer la maniobra. *Olaja* sopló de nuevo.

Mendaña comentó:

—Vamos con la hora. La señora marcha bien a pesar de los años. ¡Qué material el de antes!

Turgo quedó atrás. Ahora subía la máquina a la altiplanicie. Lejanas se veían las montañas con su puerto amenazante. El sol arrancaba del lomo negro de *Olaja* un apagado reflejo azul. El sol blanquiazul de la mañana, entre brumas, apenas tenía fuerza para azulear el lomo de *Olaja*. Mendaña lo miraba a cada paletada.

—Todavía no ha dejado las sábanas —dijo.

—Se levanta pronto, pero no empieza a trabajar hasta las once, como un señorito de oficinas.

Mendaña celebraba las cosas que decía Higinio.

Reconocía en él un talento superior al suyo. En la taberna solía confirmar las opiniones de Higinio: «Tiene mucha razón Higinio», y repetía: «Sí, señor; Higinio tiene mucha razón.» En su casa, explicaba a su mujer los acontecimientos futuros por lo que había dicho Higinio: «No habrá guerra; todos tienen un canguelo torero. Ha dicho Higinio que Rusia habla de boquilla y que los yanquis son blandos, que tienen el calzón húmedo.» «La vida no puede subir más. Higinio ha leído que la cotización ahora es de tres por una. Bueno, yo no entiendo; pero Higinio sabe de esas cosas. Lee mucho.»

Mendaña dio media vuelta a la boina sobre la cabeza. Se le escapaban algunos cabellos cenicientos, que le caían sobre la frente. Luego se rascó las espaldas.

—Tengo una cosa aquí que me tiene doblado. A la mujer le hago todos los días que me amase el pellejo con alcohol de romero, pero que si quieres...

Olaja soplabá mucho. Estaba ascendiendo una

cuesta. Marchaba muy lentamente. Mendaña paleó un poco más. Higinio, con el codo sobre el visor, miraba el paisaje distraídamente.

—¡Qué tierra! —dijo—. No hay más que piedras. Media España es piedra. Esto no da más que lagartos.

Mendaña encendía un cigarrillo hecho torpemente.

—¿Tú has comido lagarto, Higinio?

—Yo no.

—Pues yo sí. Te aseguro que te gustaría. Sabe como a merluza. Yo he comido de todo. Ya no le hago ascos a nada.

—¿Has comido gato?

—Gato —hizo un gesto de suficiencia—. Cientos he comido. Un día nos comimos entre media docena de amigos siete. Gato para comer, gato para cenar, y sobró. Están muy buenos guisados con patatas, mejores que conejo. Yo por comer he comido hasta picazas, claro que dejándolas un par de días en oreo. Y aun así, comí por decir que había comido, no por otra cosa.

Higinio le miraba con una tierna superioridad.

—Eres un bárbaro, Mendaña —comentó—. Yo no comería nada de eso aunque me lo sirvieran en bandeja de oro.

—Pues qué te crees tú, si el gato es un plato fino.

Olaja marchaba ya normalmente. Mendaña apagó el cigarrillo, se lo colocó en la oreja y paleó durante unos minutos.

—Una vez —dijo, haciendo un alto— entre mi mujer y yo...

Miró a Higinio, que estaba distraído con la cabeza asomada avizorando la vía. Mendaña volvió a palear carbón.

Higinio le llamó:

—Fíjate, Mendaña, cómo están esas charcas de caza.

Mendaña dejó la pala y se asomó.

—¿Qué serán?

—Aves de paso. Van para el Sur —contestó Higinio—. Descansarán, y para el Sur buscando el buen tiempo.

Mendaña filósofo:

—Son más listas que los hombres. Hay que ver...

—En la primavera vuelven al Norte —explicó Higinio—. Suben hasta el Polo. Allí, como quien dice, veranean. La Naturaleza es muy sabia.

—Y tanto. Ya quisiéramos nosotros ser como la Naturaleza.

Olaja entraba en un puente. Debajo corría un río de agua turbia. El convoy hacía un ruido endemoniado al pasar por el entramado de hierro.

—Agua de montaña —dijo Mendaña—. Ha debido llover lo suyo por los altos. Agua sana que se lleva todo lo malo del río. ¡Ya se necesitaba...!

—Cuando paremos en La Penaza te voy a enseñar dónde hay una fuente que da un agua que lo cura todo. A ver si te pegas un buen trago y te quitas el dolor de las espaldas. Porque lo que tú tienes es como unos cristales que se forman dentro de los poros de la segunda piel y que se tienen que disolver. Te llevas una botella a tu casa y te bebes un buen vaso todas las mañanas al levantarte. Así

un mes. Aquí hay una curandera que lo receta para todo.

—Buena tiene que ser cuando lo receta para todo.

Los terraplenes de la trinchera tenían un color triste de cielo invernal. *Olaja* silbó fuertemente. El silbido se alargó y redondeó en la extensión de la trinchera. Luego saltó a las desiertas lomas amarillas; anidó en la vaguada, por donde se deslizaba un surco de agua y se alzaban unos arbolillos; se perdió en el aire.

—La Penaza la tenemos a la salida de esta curva. Hazte con una botella en cuanto lleguemos. El jefe tendrá alguna vacía. Le gusta pimplar y siempre tiene vino en la oficina.

Al salir de la curva se les presentó la pequeña estación de La Penaza. Detrás de una loma estaba el pueblo.

—Esto sí que está bonito en primavera —dijo Higinio—. ¿Te acuerdas de este mayo pasado? Le entraban a uno ganas de revolcarse en el verde de jugoso que parecía.

—¡Que si me acuerdo!

Olaja se puso de nuevo en marcha. La botella con el agua casi milagrosa la había colocado Mendaña entre dos bloques de carbón.

—A ver, a ver...

Mendaña se hacía la ilusión de que había mejorado.

—Parece que me duele menos.

—Pero hombre, el agua no te va a hacer efecto al instante como el elixir del padre Botija. Por lo menos la tienes que tomar durante un mes.

—No creas; ya se nota. Algo de mejoría se siente.

Olaja pedía más carbón. Mendaña paleó con mucha rapidez durante unos minutos, Luego, más lentamente.

—¡Qué oficio, Dios! —murmuró.

—Quéjate, quéjate, que tienes boca.

—No hay dinero para pagar esto, hombre.

—Tampoco lo hay para estar metido en una mina o al pie de un horno durante ocho horas,

quemado por fuera y por dentro. Aquí, cuando quieres, puedes respirar y pegarte un trago en cada estación que paremos.

—Tienes razón, Higinio; peores los hay.

En las arrugas de la cara de Higinio la carbonilla ponía su tatuaje negro, construyéndole como una máscara de impasibilidad. Mendaña estaba absolutamente negro. Sus grandes manos parecían algo mecánico de la pertenencia motriz de *Olaja*.

—En la próxima hay que hacer maniobras. Hay que dejar las bateas de maquinaria y coger uno o dos vagones de cemento. Después no paramos hasta Fuensalida. El jefe de tren dirá.

Olaja fue perdiendo velocidad. Silbó aburridamente. Mendaña atizó sus entrañas con un hierro largo. Higinio frenó. Saltaron los dos al andén.

—A ver lo que dice éste.

Se acercaba el jefe de estación hacia ellos. El jefe de tren estaba al final del andén.

—¿Qué hay de nuevo? —saludó el jefe de

estación.

—Poco, ¿y por aquí? —contestó Higinio.

—Lo de siempre.

—Vaya.

Las palabras previas tenían la misma monotonía en todas las estaciones. No decían nada y lo decían todo. Inmediatamente pasaron a hablar de la maniobra. El jefe de tren, que ya estaba con ellos, se echó la boina hacia atrás y puso los brazos en jarras.

—Hay que sacar del medio las bateas...

De un grifillo del costado de *Olaja* caía un chorro de agua sobre el borde del andén. Un perro se acercó a husmear y luego siguió al trotecito curioseando a todo lo largo del convoy.

II

Comenzaban los primeros túneles de la montaña. Cada uno tenía su nombre. Mendaña los iba nombrando a medida que iban entrando en

ellos.

—El Barro... El del Lobo Viejo... El de la Moza...

Higinio estaba atento a la marcha de *Olaja*.

—Las traviesas están medio podridas. Un día nos vamos monte abajo con todo el percal.

El humo en los túneles los aislaba, los envolvía. Higinio distinguía la tos bronca, de perro atragantado, de su compañero.

—¡Uf! El caño de respirar se me va a caer al balastro —decía Mendaña, y escupía prolijamente, con los ojos cargados de lágrimas—. Estoy tan sucio por dentro como por fuera.

Al entrar en un túnel se sentía como si toda la masa del convoy se achicase, y, ya dentro de él, parecía como si a la primera sensación de compresión sucediese otra de extensión y el túnel fuera a romperse ante la fuerza expansiva del tren. El ruido, el humo, la oscuridad, motivaban el juego de las sensaciones. A la salida, *Olaja* corría libre y hasta más alegre. Entrar en un túnel era entrar en una tormenta, en un negro nubarrón

cargado de ruidos meteóricos y sobresaltantes, que convertían el paso de unos minutos por él en algo inexplicablemente temible, hecho de tinieblas, de insólitas coloraciones amarillas y rojas en el humo apelonado en el puente de la máquina, de furiosos sonidos de hierro y de vapor de fuga.

En los túneles largos habitaba la desazón. La desazón de los rostros fosilizados de todos los viajeros que habían querido distinguir sus paredes con los ojos desmesuradamente abiertos. La desazón de los viajeros ancianos, que imaginaban horribles catástrofes dentro de túneles interminables. Algo intestinal y ciego; tajado del paisaje; el temor repentino de que *Olaja*, hasta entonces obediente, podía dejar de serlo allí mismo.

Pero *Olaja* pasaba los túneles: El Barro, el del Lobo Viejo, el de la Moza, el Tunelillo, y transmitía a las manos de Higinio sobre las palancas la serenidad de su fuerza encarrilada.

Los valles estaban cubiertos de niebla. A medida que ascendían, al contemplar las cimas de

las montañas, las nubes se les hacían más rápidas en su marcha. El cielo estaba claro, de un azul grisáceo, tenue y frío. Las nubes pasaban altas; en las crestas de los montes se deshacían a veces, alargándose en coletas. Las peñas, blancas al sol de verano, estaban como ensuciadas por la humedad. El verde, hasta la niebla de los valles, oscurecido.

—Va a nevar pronto —dijo Mendaña.

—¿Cómo lo sabes?

—El cielo está de cristal. Cuando se pone así, ya se sabe, nieve segura.

En uno de los túneles había obreros trabajando. Gritaban al paso de la máquina. Sostenían sus faroles a la altura de la cabeza. Mendaña les hacía gestos deshonestos y se reía a carcajadas.

Higinio disminuyó la velocidad de *Olaja*. Unos metros delante de la máquina, un hombre balanceaba un farol rojo. Higinio frenó.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Mendaña.

—La vía. La habrán levantado. ¡Quién sabe!

El hombre del farol rojo se acercó.

—Tenéis que volver atrás, hasta el apeadero. Estamos cambiando las traviesas. Cosa de una hora. La vía está levantada.

—Bueno. La organización es perfecta. En el apeadero nos dan la salida y ahora a volver atrás...

Higinio pulsó suavemente la palanca. A lo largo del convoy, como una sucesión de puntos sucesivos, los topes de los vagones se golpearon. El tren retrocedía.

—Bajar con tanto peso tirando de *Olaja* va a ser muy peligroso —dijo Mendaña—. A ver si nos arrastra la composición y...

—No lo pienses.

Los hombres de la vía gritaban; pero Mendaña no se reía a carcajadas ni les hacía gestos deshonestos. Estaba pendiente de la marcha de *Olaja*. El túnel se les hizo muy largo.

—No faltaba más que esos becerros hubieran dado la salida en La Penaza al mixto...

Higinio silbaba preocupado. Se pasaba la lengua por los labios, que el calor de *Olaja* reseca. Acabó el túnel, y los dos respiraron

profundamente. De *Olaja* escapó un largo chorro de vapor.

Ninguno de los dos miraba a los valles.

—En cuanto pasemos el próximo tenemos el apeadero. Habrá que ver si nos podemos quedar allí o si tenemos que bajar todavía más...

En el horno, el carbón recién echado daba una llama azulada. Mendaña metió el hierro y hurgó prolijamente. Las llamas surgieron rojas.

—¿Tiene mucha presión?

La mano de Higinio se movió. *Olaja* volvió a dejar escapar vapor.

Al entrar en marcha atrás en el túnel notaron el calor húmedo de cueva o de invernadero. Las paredes chorreaban agua, y un musguillo verde se extendía por las zonas donde el chorreo del agua era menos intenso.

Olaja patinaba, apenas capaz de sostener el tirón de la composición. El rostro de Higinio se ensombreció.

—Esto va mal, Mendaña. Haz señas, si puedes, de que echen los frenos de los vagones.

—Los están echando para acortar velocidad, pero el convoy se vence. Fuerza un poco a *Olaja* a ver si resiste la tironada.

—Los que no van a resistir son los enganches.

Higinio movió la cabeza, preocupado.

—Estamos aumentando la velocidad. Si se nos desboca se hará ingobernable. Y seguramente no tenemos espacio para parar en el llano, porque detrás viene el mixto.

Por encima del ténder asomó la cabeza Mendaña.

—Nos hacen señas desde la primera garita. Se han dado cuenta de que esto marcha mal.

Higinio tenía las manos crispadas sobre las palancas.

—No me atrevo. Si los enganches se rompen...

—Lo tienes que hacer, Higinio...

La cara de Mendaña, al abrir el horno llameante, tenía una dureza de imagen.

—Este túnel no se acaba nunca —dijo Higinio.

En la voz notaba Mendaña la dificultad del momento. Sabía que Higinio no se preocupaba

vanamente. Le miró con fijeza. La mano de Higinio movió la palanca. Fue como una descarga de fuerza. *Olaja* patinó resoplando, crujiendo.

—Los enganches resisten por ahora.

—Apenas he frenado —dijo Higinio— y ya has visto: se llevan a *Olaja*. Si freno fuerte, y tendré que hacerlo, a la salida del túnel, partimos el tren. Los vagones, embalados, llegarán hasta La Penaza.

Mendaña pensaba que *Olaja* tenía que resistir todo el tren, que *Olaja* tenía fuerza para detener el desboque de los vagones. Un desboque terrible de seres sin cabeza, porque aquel tren que se les presentaba como humanizado tenía su cabeza, su inteligencia, su fuerza recta en *Olaja*. Iba a ser acaso como lo que ocurre con las formas más primitivas de la animalidad que, aun mutilado el ser, cada parte tiene una vida propia y se agita y se mueve hasta que sobreviene la muerte. Mendaña tenía fe. Higinio escuchaba los ruidos del lanzamiento del tren. Los dos pensaban en *Olaja*, en que *Olaja* sería capaz de frenar el espanto.

Higinio movió de nuevo la palanca. *Olaja*

resollaba profunda, animalmente. Estaban a punto de salir del túnel. Mendaña lo percibía en el aire, frío y duro, que penetraba silbando por los dos lados del tren.

—En cuanto estemos a la luz, Higinio, inténtalo.

Mendaña percibía el chirrido constante de los vagones, que iban frenando.

—No deben frenar de esa forma; van a arder los ejes.

Mendaña se asomó sobre el ténder y movió la lámpara a sus dos lados.

—Ya me han visto —gritó.

De pronto, la claridad. Una llovizna fina, densa, envolvía el paisaje. Pero los hombres del tren no tenían tiempo de fijarse en el paisaje.

—Mendaña, pasa a los vagones y diles que aflojen un poco los frenos, que voy a hacer la prueba de parar el tren. Diles que cuando tú hagas una seña con la mano frenen los vagones de más peso.

Mendaña saltó sobre las pilas de carbón. Algunos de los bloques se derrumbaron hasta los

pies de Higinio, que estaba asomado con el cuerpo casi totalmente fuera mirando hacia las ruedas de los primeros vagones.

Mendaña estaba de regreso.

—Cuando tú digas, Higinio.

El tren llevaba ya una gran velocidad.

—Voy a aprovechar esta curva; alguno se saldrá del carril, pero acaso frenemos.

Puso las manos sobre las palancas y pitó largamente. Gritó:

—Si alguno salta...

Olaja fue frenando paulatinamente. Todo el tren retemblaba, se agitaba, parecía que iba a salirse de las vías. Los cubos de los ejes, recalentados, quemaban el aceite. En medio de la composición pareció que un vagón se encabritaba. Luego *Olaja* se hizo definitivamente con el resto del tren. Frenó totalmente, con seguridad; resbaló un poco sobre los rieles y el tren quedó parado. Los hombres saltaron a los bordes de la vía. El jefe de tren corría hacia la máquina. Higinio se pasaba la mano por la frente. El fogonero se apoyaba en

Olaja.

—De buena nos hemos librado —dijo el jefe de tren.

Al borde de la vía estaban reunidos seis hombres. Hablaron durante unos instantes. Luego subieron al tren.

El apeadero estaba escasamente a unos doscientos metros. Cuidadosamente, Olaja empujó los vagones hasta que la composición quedó frente al andén. El jefe del apeadero se acercó a hablar con los de la máquina.

—Lo habéis conseguido por puro milagro. Os vi salir del túnel lanzados.

Higinio y Mendaña miraron a *Olaja*.

—Sí; ha sido como un milagro —dijo el fogonero.

Higinio saltó al puente de la máquina. *Olaja* expelió un largo chorro de vapor. El jefe del apeadero contaba a Mendaña:

—En La Penaza no habrán dado la salida al mixto; si se la hubieran dado, lo tendríamos entrando...

El sostenido pitido de la máquina del mixto acercándose cortó sus palabras.

III

Ya era de noche. La estación nucleaba una gran masa oscura de indecisos reflejos en las cristaleras. Llovía tenue y persistentemente. Los andenes, mojados por la lluvia, eran doblemente negros, de un negro profundo, sereno, ocular, donde los faroles hacían un reguero anaranjado de luz triste. El quiosco de la prensa tenía los cierres echados. En la sala, donde estaban las ventanillas de las taquillas, habían apagado todas las lámparas, excepto una, que quedaba muy alta y expandía tan poca luz, que los rincones permanecían en penumbra.

En los andenes, una mujer barría junto a los bancos de madera. Tenía una respiración casi suspirante. Levantaba la cabeza a veces con inquietud. Por entre las vías centrales, vacías,

caminaba un empleado abrigado por un zamarrón, llevando en la mano un farol de señales. Saltaba de traviesa a traviesa. Entre las traviesas se formaban charcos de agua negra con grasa sobrenadando que a la luz se irisaba.

Olaja había quedado en vía muerta, con los fuegos casi apagados. Tras de una pequeña locomotora de maniobras se destacaba su estructura de viejo modelo de «material de antes». Higinio y Mendaña la acababan de dejar.

Ni Higinio ni Mendaña caminaron hacia los andenes de viajeros para salir por la puerta de lujo de la estación. Ellos se fueron donde los tinglados de las mercancías, buscando la verja de hierro, por la que saldrían a la calle oscura, a la calle que llamaban en la ciudad del Ferrocarril. Notaban al caminar los distintos olores de los tinglados: el violento fosfórico olor de pescado, la suavidad vegetal de la paja, el olor rotundo de los bocoyes de vino...

Junto a la verja de la estación, la caseta de arbitrios. Mendaña se acercó a golpear con los

nudillos sobre el cristal de la ventanilla. El empleado estaba adormilado junto al brasero. Se despertó de repente. Mendaña le gritó:

—¡Que pasamos un vagón de mercancías y no te enteras!

El empleado hizo un vago gesto de disculpa y asentimiento.

—Que no tienes remedio. Menos beber, muchacho, y menos brasero.

Higinio y Mendaña siguieron adelante. Comentaban:

—También éste tiene buen oficio ahora que empieza el invierno. No da ni golpe, pero estar ahí todo el día o toda la noche es criminal.

—Éste, como se echa entre pecho y espalda un litro antes de venir al servicio, ni se entera. Lo mismo le da que nieve o que salga el sol a medianoche. Menudo pájaro, y además con dinerete. En el tiempo del estraperlo hizo perras el muy cuco.

—Vaya con el Andrés, con la cara de sopazas que tiene. No estaba yo enterado.

Caminaron hasta la taberna de los maquinistas.

—¿Vamos a tomar un blanquillo?

—Vamos.

En la taberna se encontraron con muchos compañeros. El dueño conversaba amablemente con los clientes. Saludó al entrar:

—¿Qué va a ser, Higinio?

—Pon dos blancos.

—¿Qué os ha pasado hoy? Dicen que habéis estado a punto de hincar el pico.

—Por tablas. Yo creí que hoy teníamos lío.

—Lo ha contado —dijo el dueño— Francisco, el ruta de León.

—Menos mal que la máquina ha respondido y hemos echado el freno a tiempo.

—¡Vaya, hombre! Mejor es así.

Uno de la reunión hizo la broma macabra:

—Que de poco dejas viuda a la Charo, ¿no?

—Pues casi.

—La hubieran compensado de tal forma como para comprarse un chalet en los andenes.

—Sí; ésa es la ventaja que tenemos, ¿no te

parece?, que la viudedad es muy buena y la mujer de uno se puede comprar no un chalet, sino un tren para andar ella solita por la estación.

Mendaña se echó a reír. Luego explicó:

—Es que por los túneles de la sierra la vía está de risa. Nos quisimos echar para el apeadero de La Moza y de poco nos venimos hasta aquí.

El tema se agotó en seguida. No eran los compañeros gentes para extenderse en comentarios sobre los peligros pasados. El dueño insistió en hablar del ferrocarril. Conocía todos los sucesos de la estación. Él era el que daba el parte diario a los ferroviarios que entraban en la taberna:

—A la *Albacete 119* se le partió ayer un eje del ténder y estuvieron en la vía siete horas con un frío de ole intentando...

Higinio y Mendaña conversaban con los compañeros:

—Pon una ronda —dijo Higinio, y luego continuó—: Un día de éstos hay que organizar una merienda para que Mendaña nos demuestre lo que es capaz de comerse.

—Yo no presumo de cantidad —protestó Mendaña—. Yo lo que digo es que como de todo —enfurruñó el gesto—. Es que le decía esta mañana a Higinio que yo he comido lagarto y se extrañaba.

Intervino alguien.

—¡Anda! ¿De eso se extraña éste? Pues en Extremadura, estando de plantilla yo en Badajoz, buenos gazpachos nos hemos comido con unas tajaditas de lagarto.

—Pues eso le decía a Higinio... Lo que pasa es que éste —dijo señalando a su maquinista— es un tío finolín. Si en la guerra le hubiera tocado de este lado ya hubiera visto cosa buena. Lo que pasa...

Higinio aclaró:

—Me hubiera tocado donde me hubiera tocado, no como yo lagarto ni para los restos. Tú, que tienes un estómago como la caldera de *Olaja*, podrás con todo; pero yo sigo pensando que éstas no son más que porquerías y que donde esté un buen filete de carne, carne, ya podéis dejaros.

—¡Hombre, qué cosas! A eso también me apunto yo.

Uno de los hombres hizo un gesto con la mano al dueño de la taberna y éste volvió a llenar los vasos.

—¿Qué hora es ya? —preguntó Higinio.

—Las once menos cuarto —le respondieron—. Pronto todavía.

—Para mí tarde. Mañana tengo servicio también. Hasta el jueves no descanso —protestó—. Yo no sé cómo está organizado ahora el servicio, pero lo estamos pagando bien unos cuantos. Me voy a acercar un día a la oficina para que me lo expliquen, porque con clavar un papel en la entrada y decir que hay que hacer o hay que dejar de hacer tal y tal cosa creen que está arreglado.

Añadió:

—¿Qué se debe?

Puso unas pesetas sobre el mostrador.

—¿Te vienes, Mendaña?

Mendaña bebió de un trago su vaso y se pasó el

dorso de la mano por los labios.

—Sí, que hay que descansar —dijo.

—Es que yo echo una hora en llegarme hasta casa. La parienta ya estará en la cama. Hoy es uno de esos días que apetece acostarse temprano. Con el frío y la llovizna donde mejor se está es en el catre.

A la puerta de la taberna se despidieron Mendaña e Higinio. Llevaban rumbos diferentes.

Higinio caminaba con las manos metidas en su chaquetón de cuero. Mendaña pensaba que antes de llegar a su casa tenía que entrar en dos o tres tabernas a charlar un poco y a beber algunos vasos más.

Higinio abrió la puerta del portal de su casa y subió las escaleras. La casa estaba en silencio. Entró en la cocina. Como pensaba, su mujer le había dejado la cena en el rescaldo de la hornilla. Se lavó en el fregadero, se descalzó y comenzó a cenar.

En la habitación estaba oscuro. Higinio no quiso encender la luz por no despertar a su mujer. Se sentó en la cama. Había colocado rutinariamente su camisa sobre la silla, los pantalones a los pies de la cama, el jersey mahón encima, el chaquetón de cuero colgado de la percha. Veía entrar un rayo de luz del cercano farol por entre los ventanillos entornados. Suspiró. Se tendió en la cama. Estaba caliente, agradable. Volvió la espalda a su mujer. El movimiento la arrancó del sueño.

—¡Hola, Higinio! —dijo con ronca voz de sueño—. ¿Qué tal hoy?

Higinio contestó:

—Bien. Como siempre.

Luego cerró los ojos.

(1954)